

## Homilía en la Ordenación presbiteral de Fabián Castro.

Domingo 12 de abril de 2015.

Queridos hermanos en el sacerdocio.

Hermanos y hermanas.

Como pastor de esta Iglesia que peregrina en los valles de Aconcagua y Petorca, les doy una cordial y fraterna bienvenida. Con Fabián, diácono de Jesucristo, les hemos invitado a participar de su ordenación presbiteral en el II Domingo de Pascua, fiesta de la Divina Misericordia. Es la Iglesia, reunida en oración la que canta el aleluya de la salvación mientras celebra la resurrección de su Señor.

El Jueves Santo es el día en el que el Señor encomendó a los Doce la tarea sacerdotal de celebrar, con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su regreso. Es Jesucristo el que hace el don y nos eleva hacia sí. Solo él puede decir: Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre. El misterio del sacerdocio de la Iglesia radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del sacramento podemos hablar con su "yo" in persona Christi. Jesucristo quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros.

En el día en que la iglesia ordena presbítero a uno de sus hijos, es importante reflexionar en los signos mediante los cuales el sacerdote es constituido como tal. En el centro está el gesto antiquísimo de la imposición de manos, con el que Jesucristo, toma posesión de su hijo diciéndole: "Tú me perteneces" Con ese gesto también le dice: "Tu estás bajo la protección de mis manos. Regálame las tuyas. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Los sacerdotes recordamos también que nuestras manos han sido ungidas con el óleo, signo del Espíritu Santo y de su fuerza. El Señor quiere que nuestras manos sean instrumento para servir, y por tanto, expresión de la misión de toda la persona que se hace garante de él y lo lleva a los hombres. En el gesto sacramental de la imposición de manos por parte del obispo fue el mismo Señor quien nos impuso las manos. Este signo sacramental resume todo un itinerario existencial. En cierta ocasión, como sucedió con los primeros discípulos, todos nosotros nos encontramos con el Señor y escuchamos su invitación: "Sígueme" Tal vez al inicio lo seguimos con vacilaciones, mirando hacia atrás y preguntándonos si ese era realmente nuestro camino. Y tal vez en algún punto del recorrido vivimos la misma experiencia de Pedro después de la pesca milagrosa, es decir, nos hemos sentido sobrecogidos ante su grandeza, ante la grandeza de la tarea y ante la insuficiencia de nuestra pobre persona. Pero luego él, con gran bondad, nos tomó de la mano, nos atrajo hacia sí y nos dijo: No temas. Yo estoy contigo. No te abandono y tú no me abandones a mí. El Señor nos impuso las manos. El significado de ese gesto lo explicó con las palabras: Ya no los llamo siervos .porque el siervo no sabe lo que hace su amo, a Uds. los he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

Todos los signos esenciales de la ordenación sacerdotal, son, en el fondo, manifestaciones de esa palabra. La imposición de las manos, la entrega del libro, de su Palabra que él nos encomienda, la entrega del cáliz, con el que nos transmite su misterio más profundo y personal. De todo ello forma parte el poder de absolver los pecados. "Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, le son retenidos (Jn 20, 22-23). En esta palabra, Dios nos manifiesta el

origen divino de la misión de la Iglesia y su poder para perdonar los pecados. El Señor, principalmente entonces, instituyó el sacramento de la penitencia, cuando resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos diciendo: Recibid el Espíritu Santo ... Por este hecho tan insigne, y por tan claras palabras, el común sentir de todos los Santos Padres entendió siempre que fue comunicada a los apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados para reconciliar a los fieles caídos en pecado después del bautismo.

Los evangelistas nos dicen que el Señor en muchas ocasiones, durante noches enteras se retiraba al monte para orar a solas. También nosotros necesitamos retirarnos a ese monte, el monte interior que debemos escalar, el monte de la oración. Solo así se desarrolla la amistad. Solo así podemos desempeñar nuestro servicio sacerdotal. Solo así podemos llevar a Cristo y su evangelio a la sociedad.

El simple activismo puede ser incluso heroico. Pero la actividad exterior, en resumidas cuentas, queda sin fruto y pierde eficacia si no brota de una profunda e íntima comunión con Cristo. El tiempo que dedicamos a la oración es realmente un tiempo de actividad pastoral, de actividad auténticamente pastoral. El sacerdote debe ser sobre todo un hombre de oración. La amistad con Jesús es siempre amistad con los suyos. Los vínculos fraternos al interior de la comunidad eclesial, deben ser fortalecidos con la gracia de Dios en la espiritualidad del perdón y de la misericordia. Las divisiones siempre salen a la luz y son motivo de escándalo para los más pequeños. El que por efusión del Espíritu reconcilia a los hombres con Dios, en conciencia no debería ejercer este ministerio si no pide perdón y perdona de corazón a su hermano. Los amigos de Jesús son los que lo buscan y lo descubren en el silencio de la noche, en la sonrisa de los niños, en el dolor de los enfermos y en la soledad de los que caminan por los conventillos del abandono y de la miseria. Los amigos de Jesús son aquellos que lo reciben en su palabra, en el perdón y en la eucaristía. Si, en la palabra que ilumina el caminar de los creyentes y el de cuantos buscan la verdad que ilumina la existencia y les abre el horizonte de la eternidad. Palabra difícil de proclamar cuando la sociedad en que vivimos experimenta actuaciones impropias en quienes creen en Jesucristo, incluyendo algunos de sus pastores. Desde una mirada positiva, la certeza de la presencia de Cristo hasta el fin de los tiempos debe ser la fuerza que motive nuestro ser y quehacer cristiano. La Buena Noticia que proclamamos surge de un corazón alegre, humilde y transversalizado por el amor y la esperanza. Que desafío más hermoso es el que se le presenta al pastor. Compartir su fe con la familia, acompañar a los jóvenes en su crecimiento y desarrollo, visitar a los enfermos, celebrar los misterios de la fe, perdonar en nombre de Cristo y ser presencia visible de un Dios misericordioso.

Querido Fabián.-

Ser sacerdote significa convertirse en amigo de Jesucristo y esto cada vez más con toda tu existencia. El mundo tiene necesidad de Dios, no de un dios cualquiera, sino del Dios de Jesucristo, del Dios que se hizo carne y sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que resucitó y creó en sí mismo un espacio para el hombre. Este Dios debe vivir en ti y en cada sacerdote. Solo así nuestro ministerio puede dar fruto.

Nuestra Iglesia diocesana recibe tu ordenación con alegría y esperanza. Tú sabes de nuestras alegrías y tristezas, de nuestras búsquedas y anhelos de fecundidad en el anuncio

del evangelio. Inserto ya en la vida comunitaria y pastoral, estás experimentando el cariño de los niños, la cercanía de los pobres y de cuantos vienen a tu encuentro esperando que les mires con dignidad, los escuches y les entregues una palabra que brote de tu corazón de pastor. Ante las dificultades, no te encierres en ti mismo. Ya sabes de esa oración de amistad con Jesús de la que nos habla Santa Teresa de Ávila. No dejes de orar con los salmos y con la Palabra de Dios. Trata de participar en todos los encuentros sacerdotales para alimentarte de la experiencia de tus hermanos y aportar esa sabia joven que todos necesitamos.

Agradezco a los formadores que tuviste en el Seminario de la Santísima Trinidad de nuestra diócesis y en el Seminario Pontificio de la arquidiócesis de Santiago. A tus compañeros seminaristas de nuestra diócesis y desde luego, de aquellos que te acogieron en El Pontificio.

Mi gratitud y cariño para tu familia. Estoy cierto que ellos, tus padres, fueron los primeros que te transmitieron la fe en Jesucristo. A los pies de la cordillera del Sobrante, te compartieron el amor de Dios y te formaron en la sencillez que debe cultivar todo creyente. Quiero decides a tus padres y hermanos, que la familia de un sacerdote pasa a ser parte de nuestra familia. Que el Señor, su Sagrado Corazón y el amor de María, la madre de la gracia y de la misericordia les acompañe siempre.

Y a todos Uds., hermanos y hermanas les recuerdo el compromiso de orar para que el Buen Pastor nos envíe los pastores que su pueblo necesita. Oren por este nuevo pastor para que camine siempre por los senderos que conducen al banquete de los justos y misericordiosos.

Alabado sea Jesucristo.

+ Cristián Contreras Molina OdeM.  
Obispo de San Felipe.